

## CONFERENCIA VII

### DESASIMIENTO DE LOS BIENES TERRENOS

1. **La vida social es como examen sufrido por el hombre acerca de sus vicios capitales.**—Fácil es decir que sólo hay *dilettanti*, sobre todo en el clero, que no pueden resistir la tentación de hacer que resalte el punto de vista moral en la discusión de asuntos públicos, como, por ejemplo, en los asuntos de instrucción y de educación, de civilización en general, y aun de mera política. Fácil es decir igualmente, que en la cuestión social es en donde se ve mejor esta tendencia, y que hace imposible toda discusión rigurosamente científica.

Si la condición preliminar para una discusión de ese género consiste en excluir todo miramiento en punto á la moral, no podemos menos de deplorar esa ciencia. Pues, si su misión debe limitarse á registrar y alinear los hechos externos, aun en los defectos que provienen, sin embargo, del hombre razonable y libre, no es ella entonces otra cosa que una destreza mecánica, y los seres más sabios, que hasta el presente conocíamos, no son sino placas fotográficas ó máquinas de registrar.

¡Si únicamente fuera posible observar esa exigencia que se dice científica! ¡Si únicamente un hombre reflexivo pudiese escribir y hablar de manera soportable acerca de la situación social,—limitándonos á este ejemplo, sin entrar en la vida real,—y su centro vivo, el hombre real!

Han pasado los tiempos,—sea Dios por ello alabado,—en que la llamada economía nacional científica, creía haber resuelto su misión, cuando declamaba cierto número

de frases aprendidas de memoria acerca de la oferta y la demanda, acerca del oficio de la moneda, y acerca de las leyes de la naturaleza, pero miraba al hombre como pieza accesoria, inevitable, en la máquina general.

Hoy, quiéralo ó no, la ciencia tiene que descender de su trono, contar con el hombre, con sus necesidades y darle un puesto en sus apreciaciones.

Pues bien, cuando tal sucede,—y es de necesidad,—la lógica de los hechos lleva consigo la necesidad de contar también con la fase moral de la vida humana. ¿Quién, por otra parte, pretendería hablar razonablemente del hombre, sin tener en cuenta aquella última? El anatómico, bien, pero él tan solo trata de cadáveres. Quien trate del hombre vivo, aun siendo un médico, para quien el cuerpo es mera máquina, debe tratarle como ser moral. Y también trátale como tal.

Así procede toda persona reflexiva, aun el economista perteneciente á la escuela que, por principio, excluye la moral de su terreno. «¿De qué nos sirve—dice con desesperación—el establecer las más hermosas leyes de la naturaleza, según las cuales todo podría ir de admirable modo? La teoría es perfecta; pero en la práctica nuestros esfuerzos son vanos. Pues, desgraciadamente, siempre es el hombre quien descompone nuestros planes. Dámosle un salario con el cual podría ciertamente vivir, si supiera contentarse con él. Mas para él, ese salario nunca es bastante elevado. Siempre quiere más. ¿Y por qué? Porque no quiere limitarse, porque siempre quiere gozar y subir siempre. Cada cual quiere ser dueño de sí; cada cual quiere gozar de la vida, y para eso todos los medios son buenos. Sí, el orgullo, la busca de los placeres, la avaricia, he ahí las tres grandes plagas de la vida social».

2. **Origen é importancia de los tres principales vicios del hombre.**—¡Oh maravilla! He aquí á nuestro elaborador de política social transformado de pronto en predicador de moral y en maestro de retiros. Y, lo que todavía es más curioso, sus palabras concuerdan textualmente



con lo que San Juan dice, no solamente de la vida social, sino de la vida del mundo, y del espíritu del mundo en general. «Todo cuanto hay en el mundo, redúcese á tres cosas, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida». (1)

La busca de los goces, la avaricia, el orgullo, tal es el espíritu del mundo, según el juicio del Espíritu Santo.

Pues bien, tal es él igualmente, según el juicio del mismo mundo y de cuantos le conocen, con la diferencia, no obstante, de que casi siempre éstos no lo expresan en términos tan moderados, sino con amargura y burla.

Inútil hablar largamente acerca de tal asunto, pues hácelo la realidad. No condenamos al mundo; no decimos que cuanto hay en el mundo es malo; hasta más bien hacemos una distinción bastante rigurosa entre el mundo y lo que es condenable en su espíritu y en sus actos. Y precisamente por eso, es por lo que decimos que si se lograra separar del mundo esas tres cosas, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, nada en sí tendría de condenable.

¿El hombre más moderado no será de nuestro parecer? (2)

Los dos móviles propiamente dichos que empujan al mal, son el orgullo y la sensualidad. Esto corresponde á la doble naturaleza del hombre. Desde que cayó del estado que le corresponde, es decir, de aquel estado en que, merced á la armonía de sus facultades, á la subordinación de su espíritu á Dios y de sus sentidos á su espíritu, vivía dichoso, todo cayó en el desorden. Él mismo hállase dividido en dos mitades que se hacen entre sí la guerra más encarnizada, á menos que el espíritu no se haga es clavo de la carne, sin oponer resistencia alguna.

El espíritu emancipado del yugo de Dios, sigue sus pro-

(1) I Joan., II, 16. Cf., Clinias Pythagor. (Mullach, II, 24). Entre las diferentes interpretaciones de este pasaje, ésta es la que mejor se armoniza con el sentido de las ideas de la Sagrada Escritura. Eccl., XIV, 8, 9. Eccl., IV, 8. Prov., XXVII, 20.

(2) Cf. Weiss, *Lebensweisheit*, (10), 94 y sig., 99 y sig.

pios caminos y sólo tiene un deseo, subir hasta que nada encuentre más alto que él. La carne, que arrebató de manos del espíritu las riendas con las cuales la contenía, sigue un camino opuesto, y descende cada vez más, no pudiendo goce alguno sensual satisfacer sus deseos.

Como se ve, es precisamente el orgullo intelectual quien lleva á la más vil esclavitud de los sentidos. Luego, cuanto más se extravía subiendo el espíritu orgulloso, tanto más pierde en punto á seguridad y apoyo; cuanto más la porción sensible cae en el fango, más pesada se torna su masa. Esto tiene que acabar por un derrumbamiento y por una ruina.

Por lo tanto, en este camino, no se da hartura ni satisfacción para el hombre. Por el contrario, para decirlo con Platón, á medida que los dos corceles apártanse uno de otro, agrándase la distancia que entre ellos media.

Para llenar ese hueco, el hombre no cuenta más que con una sola cosa: la tierra con sus tesoros. De ahí proviene su sed de bienes terrenos, sed que jamás puede aplacar, pues, por ambos lados, arriba como abajo, vése constantemente acrecida por el deseo de poseerlos. Pues el orgullo que debe sentir muy amargamente el escaso éxito de sus esfuerzos para someterse el mundo del espíritu, vese muy pronto reducido á la única posibilidad que le queda para obligar á sus conciudadanos á darle su estima: hacerlos rivalizar en ardor para sobrepujar en punto á bienes terrestres ó en punto á influencia dada por ellos.

Por otra parte, la busca de goces sensibles no empuja menos á acrecer los bienes temporales. Es el único medio por el cual espera poder aplacar su sed inextinguible.

Así nació la busca de riquezas, desde luego mero auxiliar, casi pudiéramos decir ciencia auxiliar, puesta al servicio de las dos grandes enfermedades del espíritu: el orgullo y la sensualidad.

Basta con ver la conducta perversa de la juventud, para convencerse de que la horrible sed de oro no existiría en el hombre, si no estuviese alimentada por el orgullo y



por la avidez de los goces. Pues bien, cuanto más tales pasiones producen en el alma un vacío insoportable, más la sed de riquezas tórnase predominante. De ahí el fenómeno de que, á medida que se adelanta en años, en el momento en que todos los demás vicios han perdido de atractivo, y se ofrecen como vanas ilusiones, la avaricia crece siempre. Parece ser entonces la única cosa á la cual sea sensible el corazón.

**3. Peligros en pretender las riquezas.**—Mirada en sí misma, la busca de riquezas es, pues, una aberración accidental, y el vicio más ajeno al hombre.

Pero si consideramos á éste en el estado de decadencia en que realmente se encuentra, necesario es atribuirle una importancia mayor. El amor á las riquezas es el lazo que encadena á la tierra al hombre caído. Es el aceite que constantemente alimenta la mecha de los dos vicios principales de la humanidad: el orgullo y la sensualidad. Es el contrapeso á todas las decepciones que éstos provocan. Es un móvil que hace á uno capaz de todos los crímenes. Mediante todas las atracciones y todas las rebeliones, que son su consecuencia, es el medio principal que impide al alma el entrar seriamente en sí misma, y volverse á Dios. Cuando el amor á las riquezas sobra en grande, es entonces medio infalible para conocer en qué medida una sociedad hállase alejada de Dios, y sumergida en las cosas de la tierra.

Por consiguiente, que los economistas estimen, si quieren, la prosperidad de una época según el aumento del bienestar exterior, pero, desde el punto de vista sociológico, no cabe apreciar la dominación del dinero, sino como un empobrecimiento de la sociedad y del hombre. Y esto confirmado está por la historia. Pues un período semejante va siempre acompañado ó precedido de una gran flojedad moral, y prueba, á no dudarlo, que la esclavitud y el envilecimiento han alcanzado muy alto grado.

En una palabra, si se cuenta con la realidad, no habría manera de imaginarse sobrado grandes los peligros á que tal vicio nos expone.

El amor á las riquezas no es el mayor de los pecados. Los que son puramente intelectuales son más graves, porque suponen algo más decisivo en la aversión á Dios. Pero es uno de los rebajamientos más vergonzosos á los cuales pueda descender el hombre, y eso precisamente porque su objeto se halla tan profundamente por bajo de él.

Finalmente, ese vicio es una esclavitud cuyas cadenas son excesivamente difíciles de romper, pues no le sucede como á los vicios sensuales, no pierde su atractivo por el abuso, y no embota la sensibilidad. Por el contrario, más bien avivalos, mediante las alternativas de decepción y de esperanza de las cuales es fuente, igualmente que por los esfuerzos siempre renacientes que provoca. <sup>(1)</sup>

Mas lo peor que hay, es que, para el hombre en quien entró ese vicio, es señal de profunda decadencia, casi sentiríase uno tentado á decir, de la más completa decadencia, y que es al propio tiempo el punto funesto introducido entre las porciones disgregadas de la naturaleza humana corrompida. Mientras en él domina, no hay que pensar en la curación.

Por lo tanto, claro es que el gran medio de salvación moral, es decir, la ascética, debe muy principalmente dirigir sus esfuerzos contra ese enemigo, cuando se trata de desechar el espíritu del mundo y de curar el alma.

**4. Su influencia desde el punto de vista religioso.**—Ante todo, es manifiesto que el amor á las riquezas es el mayor obstáculo al vuelo del alma hacia lo alto, por lo tanto á los esfuerzos para llegar á un ennoblecimiento moral y religioso, y muy particularmente á lo sobrenatural.

Con razón llama el Apóstol á ese vicio idolatría. <sup>(2)</sup> Pues una vez apoderado del corazón, el desgraciado que se hizo esclavo suyo, de tal manera sepúltase en los bienes terrenos, que de desear fuera que el servicio de Dios nos cautivase á todos en igual medida. El hombre ambicioso sólo en el

(1) Thom., 2, 2, q. 118, a. 5.

(2) Eph., V, 5. Col., III, 5.



dinero piensa, no obedece sino al dinero, pone toda su confianza y todos sus afectos en el dinero. Por el dinero, lo sacrifica todo, hasta su entendimiento y su conciencia. Por él, da su salud y su vida, por él expone hasta su dicha eterna. ¿Qué importancia puede, además, tener el culto de Dios al lado del culto de Mammón? «Nadie—dice el Señor—puede servir á dos amos», <sup>(1)</sup> con mayor razón á dos divinidades, cada una de las cuales reivindica para sí sola al hombre entero.

Además, la idolatría del dinero expone también al hombre á un peligro enteramente particular, el de no procurarle ninguna satisfacción duradera.

Desde ese punto de vista, el buscar las riquezas es un vicio único en su género. Ni el orgullo, ni los placeres de los sentidos pueden compararse á él.

Fácil es explicarlo desde el punto de vista psicológico. El hombre tiene sobrada conciencia de su independencia, para que el sentimiento de poseer un puñado de tierra no le haga dichoso hasta el fondo de su alma.

Santo Tomás había sin duda arrojado profunda mirada sobre el corazón humano, cuando decía que «el amor á las riquezas no es un vicio de los sentidos, sino del espíritu, porque aquél que es su esclavo, no busca en definitiva sino su propia satisfacción». <sup>(2)</sup> Y es verdad. Pero no es menos peligroso.

Así, para inspirar al hombre el temor de tal pecado, dijo el Salvador: «Ay, de vosotros ricos, pues que tenéis vuestro consuelo». <sup>(3)</sup>

De tal suerte está formado el hombre, que un malestar interior le empuja de lo imperfecto á lo mejor, le aparta del mal y orientale hacia Dios. Quien conozca siquiera un poco á los hombres, espántase al ver morir á personas que se creen por sí mismas justas, personas que tienen todo su bienestar, perfectamente satisfechas y llenas de seguridad

(1) Matth., VI, 24.

(2) Thomas, 2. 2, q. 118, a. 6.

(3) Luc., VI, 24.

tocante á su salvación. Parecele que esa satisfacción personal de que disfrutaban, hasta les quitó el deseo de buscar algo mejor.

Pero esa idolatría no proporciona consuelo tal á todos. Para muchos, es precisamente lo contrario: es para ellos fuente de cuidados y angustias continuas.

No obstante, no debe creerse que eso tenga influencia saludable. No, porque esa tensión y esa sobreexcitación apodéranse de tal suerte del corazón humano, que se torna inaccesible á lo elevado. No hay sino ver á un esclavo de ese dios cruel en su lecho de muerte, para comprender hasta qué punto el cuidado de su amado dinero se apoderó de él. A tal punto llega, que ni siquiera oye que la muerte llama á sus puertas.

**5. En nuestro interior.**—Así, nadie se asombrará que tal vicio corrompa al hombre, como lo hace.

El placer de los sentidos produce rabia en la carne y orgullo en el espíritu, y ambas cosas conmueven y derrumban profundamente la naturaleza humana, es cierto. No puede uno siquiera darse bien cuenta de ello, sino viendo la tenacidad con que sus consecuencias hácense sentir, años todavía después de la conversión. Pero el amor á las riquezas aventaja á los demás vicios en que ataca al corazón, lo empequeñece y aun lo petrifica.

Fácil es hacer ver sus consecuencias. De igual suerte que un terror súbito aprieta de tal manera el corazón del hombre, que se detiene desatinado é inmóvil ante las amenazadoras mandíbulas de una serpiente, ó en presencia de un incendio, de igual modo ese vicio torna insensible á todas las amenazas del fuego eterno, y á todas las exhortaciones al amor de Dios, con la diferencia, no obstante, de que el efecto producido por el terror es momentáneo, en tanto que el producido por el amor á las riquezas es permanente.

Una vez apoderado ese vicio del corazón, el hombre apégase de tal suerte á las cosas de la tierra, tórnase tan indiferente con respecto á su salvación, tan insensible á



más nobles impulsos, tan inaccesible aun al temor que, diríase, tiene en su pecho una piedra en vez de corazón. De ahí viene el que el Espíritu Santo haga decir al sabio: «Nada hay más injusto que aquél que ama el dinero. Hombre tal hasta vendería su alma, porque vivo despojóse de sus propias entrañas». <sup>(1)</sup>

**6. En la vida social.**—En este caso, el prójimo y el mundo son, naturalmente, quienes menos pueden contar tratándose de consideraciones. Inútil extenderse más en ese punto, pues que nuestra situación social, en grandecomo en pequeño, da con respecto á él la más triste explicación.

«El afán por la fortuna;—dice Leroy-Beaulieu—he ahí el espectáculo que ofrecen casi por todas partes nuestras sociedades occidentales. Parécense á un circo obscuro en donde grandes y chicos, jóvenes y viejos, los padres llevando de la mano á sus hijos, corren á porfía, derribándose en el camino y pisoteándose unos á otros. Á esa febril prosecución dedican los padres á sus hijos. Para la mayor parte, la educación no es más que un correr ante esa *steeple-chase* á la fortuna, tanto peor para los que caen en el camino, ó se quedan cansados ganando el premio». <sup>(2)</sup>

No hay para qué decir que, con tal proceder, la parte noble y delicada del corazón humano debe necesariamente atrofiarse. El egoísmo humano lleva en sí, es verdad, el germen de la violación de la caridad. No obstante, el hombre trata ordinariamente de ocultar ésta última bajo una finura ó bajo una amabilidad afectada, no porque él mismo respete esas cualidades, sino porque se avergüenza de dejar ver su egoísmo. Una vez caído el velo que hasta entonces habíalo ocultado á las miradas del mundo, muéstralo entonces con ese orgullo impudente de que hace prueba la inmoralidad, tan luego como se vió sorprendida en la verdadera forma que por largo tiempo había ocultado bajo la capa de aparente candor.

(1) Eccli., X, 10.

(2) Leroy-Beaulieu, *Le regne de l'argent* (*Revue des Deux-Mondes*) CXXII (1894), p. 242 y sig.

Pues bien, la avaricia es quien suministra al egoísmo la ocasión más segura para manifestarse, y eso bajo su forma más vulgar.

Por esta razón no se le encontrará en parte alguna de tan brutal manera como allí en donde reina el espíritu de Mammón. Mas una vez que haya él destruído los rasgos más nobles en el interior de sus servidores, dirígese públicamente á cuanto hay grande y santo. Para el adorador del becerro de oro, nada hay que sea digno de respeto. Considéralo todo como venal: convicciones, conciencia, inocencia, honradez, lealtad. De igual manera que vende su voz y su alma al mejor postor, de igual suerte considera la vida entera como inmenso mercado, la vida eclesiástica lo mismo que la vida política.

Á quien le hable de fe y de deber, considérale como un hipócrita, como un especulador, tanto más astuto cuanto que rehusa más largo tiempo el aceptar una ofrenda. Para él la venta de las almas es cosa tan natural como vender rábanos en el mercado. Él mismo, como esclavo que es del oro, mira á todos como esclavos, y como tales los trata, enteramente como en la antigüedad, que no otorgaba al esclavo ni derechos personales, ni el derecho de tener opinión personal, ni honor, ni virtud, ni dignidad humana.

**7. El desasimiento de los bienes terrestres es principio de la prudencia en la educación cristiana.**—Solamente cuando se mira todo eso, es dado formarse idea de la sabiduría y de la fuerza con que el Cristianismo se puso al trabajo, á la tarea de combatir el espíritu del mundo.

Abramos las primeras páginas de la historia de los apóstoles, que nos dan á conocer los comienzos de la primitiva Iglesia de Jerusalén. Tan sólo leemos en ellas algunas líneas acerca de la fe en la cual bautizaban á sus discípulos, y acerca del culto divino que celebraban. Pero allí encontramos tanto más desarrollado el entusiasmo que todo lo hacía común entre los cristianos, de tal manera que na-